

Julio Durán Cerda

Un Jotabeche del sur



EXISTE en provincia un constante anhelo —de todo punto justificable como aspiración cultural— de conocer Santiago y sus misterios, sus luces, sus progresos, puesto que la capital es, en un país sudamericano, la ciudad que resume y expresa el estado de su civilización. Es la misma inquietud que hacía ver José Joaquín Vallejo en sus sabrosos artículos, y que subsiste aún en todos los países del continente, lo cual podría explicar en buena parte esa cierta tendencia natural del vagabundaje criollo, propio de una raza nueva.

Así como los mahometanos deben visitar por lo menos una vez en su vida la Meca, y como el santiaguino alimenta el ardiente deseo de conocer Buenos Aires, Nueva York y Europa, así también el provinciano sureño mantiene el vivo deseo de tomar contacto con la capital de su país. Porque además de satisfacer su muy atendible curiosidad, ese viaje a Santiago lo

coloca en un sitio de preeminencia entre sus paisanos que se han quedado metidos en el terruño.

Así es como fluyen a diario, viajeros, comerciantes, empleados en vacaciones y, en especial, estudiantes ávidos. Por otra parte, ya aquí se está más cerca del resto del mundo civilizado; es el primer paso que es menester dar.

Esta relación del provinciano con la capital, ofrece excelente material para estudios psicológicos comparativos, por las innumerables situaciones pintorescas y reveladoras de la esencia provinciana que se manifiesta libremente al ponerla en trances de contraste.

Una valiosa fuente para el conocimiento del alma sureña, en que se explotan admirablemente estos recursos, la constituye la obra del gracioso costumbrista de la región, Pedro Ruiz Aldea, que figura hacia 1860 y que a pesar de su apreciable valor, no ha sido suficientemente difundida en los ambientes literarios nacionales. Aun cuando este autor es oriundo de los Angeles, sus observaciones, siempre finas, son válidas para todas la Frontera de aquellos y de estos tiempos. Su gracejo en la expresión, su agilidad en la captación de detalles de la época y su gente, lo colocan en la misma alta jerarquía de los grandes costumbristas de nuestra lengua, encabezados por Larra en España y José Joaquín Vallejo en Chile. Su extraordinario parecido con este último le ha valido con toda justicia la denominación de Jotabeche del Sur. No resulta fuera de límite adelantar que, en muchos aspectos, verbi-

gracia, en la corrección y mayor livianura del estilo, Ruiz Aldea aventaja sobradamente al maestro, que en no pocas ocasiones se muestra lento y pesado.

Aparecen sus trabajos en la prensa incipiente de la Frontera, especialmente en «El Correo del Sur», de Concepción, y, más tarde—cuando su fama adquiere sólidos contornos—en «El Ferrocarril» de Santiago. En 1894, Horacio Lara, amante y conocedor de la región austral y de sus valores, publicó por primera vez en un volumen una colección escogida de estos artículos de la más recia calidad artística y documental, como un reconocimiento y un homenaje a la digna labor de Ruiz Aldea. (1).

La serie más acertada y la que conquistó definitivamente el renombre de este costumbrista es Los Provincianos, aparecida en 1862, en que se advierte la profunda influencia que José Joaquín Vallejo ejerció en él, y que hace recordar de inmediato la serie del nortino, El Provinciano, El Provinciano en Santiago, y El Provinciano Renegado. Se descubren similitudes sorprendentes en una comparación de estos dos autores a través de las producciones mencionadas.

Los cuadros de Ruiz Aldea sobre este punto, bien podrían haberse titulado «Los Provincianos de San-

(1) El segundo tomo fué publicado en 1898; ambos volúmenes son ahora una curiosidad bibliográfica por su escasez; la Biblioteca Nacional posee sólo dos ejemplares del primer tomo. Sería por demás acertado que alguna institución se dispusiera realizar una reedición de estos valiosos trabajos.

tiago», ya que sus pinturas se refieren al choque violento de dos modalidades culturales y éticas perfectamente diferenciadas; describe las venturas y desventuras que el sureño experimenta en su primera estada en la capital de la República.

La vida de provincia, generosa en recursos naturales y donde las relaciones sociales poseen un carácter familiar y hogareño, crean en el comarcano la ingenua fe y la confianza en el prójimo. Su hechura moral, que se traduce en diversas formas, su apariencia bonachona, contrasta de inmediato con la esencia y catadura del metropolitano, nervioso, pícaro y audaz, fogueado en las complejidades cambiantes de la urbe. Aquellos rasgos del sureño, fácilmente aprovechables por un individuo astuto e inescrupuloso, han sido siempre el cebo seguro en la capital. Estos personajes pululan hoy, en las estaciones de los ferrocarriles y en los puertos, a la caza de provincianos incautos. Es curioso observar cómo ya Ruiz Aldea registra, con todos sus enredos, el manoseado «cuento del tío», que existe hasta el presente en las más inverosímiles variedades.

En este aspecto, se ve que el provinciano de Vallejo reacciona con mayor presteza o menor lentitud que el sureño; este último, sobre todo en aquella época, reincidía varias veces en sus caídas. Jotabeche en su artículo «El provinciano en Santiago» presenta al paciente acosado primero por las bromas de los santiaguinos que lo ven entrar, caballero en su jamelgo, cargado de aparejos de viaje y productos de la región, cohibi-

do, embobado por las novedades del medio urbano cosmopolita, desconocido y famoso en su tierra; luego, bajo una andanada de rechiflas de las turbas, se encabrita el caballo—que no existía, a la sazón, otro medio de correr estas andanzas—y el jinete se viene al suelo estruendosamente con la consiguiente algazara de los espectadores. «Todos, entonces, se le van encima a favorecerle, levantarle y sacudirle; en un dos por tres le dejan al pobre aliviado, no precisamente del dolor sino del peso de su bolsillo, de sus espuelas, de su sombrero, amén de varias piezas de la montura, que, como las demás, desaparecen como por encanto entre las gentes honradas» (2).

Ruiz Aldea describe situaciones semejantes, pero con detalles más compuestos y abundantes, que manifiestan el progreso rápido que se va operando en esta institución de la picardía, cuyos antecedentes literarios y reales se encuentran, sin duda, en la España del Siglo de Oro. Los provincianos sureños eran reconocidos en el acto por su estampa y por su actitud vacilante y maravillada al llegar a la capital, y «conforme entraban por la calle vieja de San Diego, empezaba su vía dolorosa». Bromas de toda laya y calibre, divertidas exteriorizaciones de «bienvenida», a la vista de canastos, quesos y demás aperos y provisiones que pendían de la cabalgadura. «Uno lo saludaba con ironías, otros le espantaban el caballo, éste le preguntaba por las

(2) Jotabeche: *El Provinciano en Santiago*.

cargas, aquél les arrojaba un cascarazo. Los provincianos toleraban estas demostraciones fraternales por temor de que si devolvían injurias por injurias se viesan después argumentados y concluidos con razones de más peso».

Más tarde, se veían obligados a recurrir a un guía para que los condujera a la Posada de San Francisco o a la de Santo Domingo que, a pesar de estar junto a los conventos, nada tenían, por cierto, de su santidad, pues eran insalubres e incómodos, pero cuya fama había trascendido al Sur, y la rutina seguía su ritmo. «El hombre a quien se dirigían los sacaba de la dirección que llevaban y los extraviaba adrede. Hacían ellos cuanto se les decía; doblaban una calle, emparejaban otra y se encerraban después en una que no tenía salida. Pedían nuevas señas y les indicaban la de la iglesia vieja de San Juan de Dios por la Posada de San Francisco. Como la Posada de San Francisco venía a estar cerca del convento de ese nombre, y así lo traían advertido de su tierra, los provincianos tomaban las barracas de madera que había ahí situadas, por la posada referida, y cuando se preparaban a desensillar, no faltaba quien con una vara en la mano, los echara con la música a otra parte».

«Tomaban después un guía, y éste los llevaba por en medio de la Alameda, como por el mejor camino público. Esta circunstancia puesta en conocimiento del vigilante por el mismo conductor, daba lugar a que los

aporrease y les cobrase la multa (3) Mientras tanto el amigo desaparecía por entre los árboles, llevándose la propina que había pedido adelantada y los provincianos volvían a pagar otro cicerone, que regularmente era el vigilante, de concierto con el hombre o con otros muchos que para estas cosas están a su devoción. (4).

La candidez y buena fe del provinciano es tan fuerte, que no transcurre mucho tiempo sin que se halle enredado en otros ardides, hábilmente tramados. Ya una vez le hacen pagar un derecho que no existe por la entrada a un establecimiento público—convencidos de que aquí todo debe pagarse—ya lo embaucan en una partida de cartas marcadas, le hacen cancelar la cuenta de un opíparo almuerzo de una invitación imaginaria.

Y «el cuento del tío» es practicado hoy día en forma muy semejante y con excelentes resultados, máxime con aquéllos que aun tienen el desatino de presentarse con poncho y sombrero alón y un par de canastos de huevos y gallinas. Recurso socorrido es el boleto premiado de la lotería o el hallazgo fortuito, a los pies del recién llegado, de un fajo de billetes.

Los cuadros de Ruiz Aldea prueban, pues, en primer término, la fe absolutamente exenta de malicia del provinciano que arriba a Santiago, creyendo llegar a su propia tierra. No logra comprender fácilmente el cambio radical de ambiente. Es la inercia psicológica que lo confunde. En un principio, el nuevo medio tan

(3) Contribución que en ningún caso iba a parar a las arcas fiscales.

(4) Ruiz Aldea: *Los Provincianos*.

abigarrado para él, lo aturde; pero andando el tiempo, se asimila de tal suerte que llega a ser un exponente social de primera fuerza, ya que posee la ventaja sobre los demás de conocer profundamente otras modalidades vitales que les ha dado su tierra natal y de las que carece el metropolitano, que se desenvuelve en sus estrechas márgenes cotidianas.

Su vestimenta—como la entonación de su voz—es también inconfundible, y Ruiz Aldea anota que posponen la moda a la comodidad; su clima le exige este rasgo. Tal ha ocurrido hasta época reciente. Desde hace unos veinte años a esta parte se viene advirtiendo—según observadores santiaguinos—una reacción notable tanto en el vestir como en el hablar, aun cuando la licuación de la «ll» es invariable; y es posible constatar que existe en ellos hasta mayor viveza, vale decir, desconfianza, para defenderse de los malandrines del «cuento».

No hay ya una diferencia tan manifiesta en este sentido, entre el provinciano y el metropolitano. Ello hay que atribuirlo, sobre todo, al ferrocarril. El dinamismo cosmopolizante que imprime esta verdadera columna vertebral de la Frontera, ha permitido poner en contacto, primero a los comarcanos entre sí, y luego producir la interinfluencia entre ellos y la capital.

De este factor resultan otros no menos importantes que contribuyen a incrementar y perfeccionar la cultura de la Frontera: el movimiento económico, la radiotelefonía, el cine, el turismo.